



# Fragmentos de un discurso amoroso antes de la telefonía móvil

MÁRGARA SÁENZ

Debo escribir estas prosas antes de que todo a mi alrededor siga cambiando.

Papelitos. Recuerdo que existían las notitas. Algunas de ellas extraviadas en uno que otro ejemplar de la biblioteca.

La letra manuscrita de él. Perfectamente dibujada. Vocales y consonantes tan bien cuidadas en sus proporciones y remates. Ah, si pudiera inventar una tipografía con la caligrafía de mi amado.

Garabatos. Letras que parecen caídas de un panel de roca de las cuevas de Altamira. La prehistoria del amor en la fraseología de lo amatorio.

Minúsculos papiros cuyo destino eran las manos de la adolescencia o el bolsillo de la camisa blanca como una idea.

Arqueología de la memoria. ¿Es la anterior frase un oxímoron? No lo sé, ni me interesa. Sólo quiero sostener esta carta manuscrita entre mis dedos como si fuera el santo grial de nuestra historia. La tuya y la mía. La de ti y la de mí.

De mano en mano. Pasarnos papelitos en el aula. Así era la mensajería instantánea en ese entonces. De mano en mano. Nuestras palabras pasaban haciéndose más fuertes con las energías de los condiscípulos.

Los mensajes eran apuntados en hojas de cuaderno que luego arrancábamos con premura. El ansia de que cada palabra llegue a su destinatario. La dicha de recibirla. La avidez con la que se desenvolvía cada folio como si fuera la explicación de la teoría de tu relatividad restringida. El goce de enviarlo a la velocidad de mi luz.

La paloma blanca tan blanca como una paloma blanca. La nota amarrada a una de sus patas. La certeza de que esas alas no se perderían nunca. Ah, mosqueteras aladas, vayan al castillo que el bienamado habrá de recibir versículos melifluos con pompa y circunstancia.

16

El chasqui corre por el chaquiñán ansiando entregar las buenas nuevas a los suyos.

En la llanura de Maratón es preciso pronunciar el mensaje antes de morir de cansancio: hay que amar a la perra en tiempos de paz.

Disculpas por llamarme poeta. La verdad es que a esta edad una ha aprendido uno que otro truco como un aprendiz esdrújulo.

Lo mejor es seguir a la letra del pie el manual de retórica. Basta con ver un ejemplo y jugar a imitarlo.

Ver la letra manuscrita del amado. Qué acontecimiento. La certeza de que cada uno de esos trazos eran para mí. ¿Dónde se ha visto que la musa le escriba al rapsoda? ¿Quién ha reparado en que el poema le escriba a la poeta?

Tu dedicatoria en el long play de 1974. La superficie de vinilo está rayada. Lo único que tiene larga duración es tu letra.

Plagiar líneas enteras del epistolario de aquel que llegaría a ser mi consorte. Ver esos fragmentos publicados en forma de libro. El descaro de firmar en la carátula con el nombre de una. Lo que es tuyo es mío. Lo que es mío es tuyo. Incluyendo las misivas íntimas.

Hábito de antaño: en el reverso de la foto tamaño carné escribir una pensada dedicatoria. Ya nadie hace eso. Y si alguien lo hiciera sería tomado por orate.

Echar una botella al mar con este libro encerrado en ella. Todos los poetas escribimos desde una isla y esperamos que alguien nos lea para no naufragar.

Poemas tomados de *Nunca más Amarilis* (Quito, Libresa, 2018) de Marcelo Báez Meza.

FOTOGRAFÍA: DEATH TO STOCK

